

LOS TREINTA PRIMEROS AÑOS. NUEVOS RITMOS EN CATEQUESIS

André Fossion¹

Quisiera proponer, a título de hipótesis e incluso de sueño para el futuro, una forma de acompañar el despertar de la fe y su maduración durante los treinta primeros años de la existencia. Ciertas propuestas recogen prácticas muy ancladas en la costumbre; otras serán más innovadoras o irán contra corriente de tendencias actuales, especialmente las que se refieren a la confirmación. Y alguna podrá dejar perplejo o parecer idealista. No pretendo tener razón, pero tampoco que se las rechace *a priori* como irrealizables. Las situaciones son complejas y el tema queda abierto. Que se sopesen las cosas sin precipitación, mirando a largo plazo y tomando posturas de concertación. Pero, antes de llegar a las propuestas, consideremos el contexto y los desafíos que surgen hoy al tratar el tema de la iniciación a la fe de las jóvenes generaciones.

SITUACIONES Y NUEVAS EXIGENCIAS

En relación al pasado reciente, la observación muestra que la adolescencia comienza hoy más tarde y se prolonga más. La prolongación de los estu-

¹ Profesor en el Centro Internacional « Lumen Vitae » del que ha sido director de 1992 a 2002. Ha sido también presidente del Equipo Europeo de Catequesis. Colaborador habitual de la revista «Lumen Vitae» y escritor de diversas obras.

dios superiores, la dificultad de encontrar empleo, la carestía de vida, la duda sobre si unirse pronto y para toda la vida en el plano afectivo, son factores que contribuyen a este alargamiento de la maduración humana. Así, la entrada efectiva en la vida adulta se efectúa hoy, con mucha frecuencia, alrededor de la treintena, una vez adquirida cierta estabilidad afectiva, profesional y residencial. Esta etapa de la treintena no pone fin a los riesgos de la existencia, pero parece sin embargo constituir el momento bisagra de la salida del mundo juvenil. La propuesta y la educación de la fe cristiana no pueden ignorar este alejamiento y esta complejidad en la transición hacia la edad adulta. ¿Es necesario, por tanto, alargar la catequesis y estirar hasta los treinta lo que se podía hacer antes en una quincena de años? No, el problema no es alargar la catequesis, sino ver qué itinerarios catequéticos específicos se pueden proponer de modo oportuno en los diferentes momentos de la vida, con la idea de presentar las etapas clave que deben jalonar los treinta primeros años de la existencia, necesarios hoy para acceder verdaderamente a la vida adulta.

RECONOCER LA RELACIÓN INTRÍNSECA ENTRE FE Y LIBERTAD

La novedad no reside solamente en el alargamiento de la adolescencia y la duración de la franja de edad de los jóvenes hasta los 30 años; concierne también a la relación con la fe cristiana. Hubo un tiempo en que la fe venía por sí misma: formaba parte de las evidencias culturales y se aprendía bajo el régimen de costumbres sociales cercanas a la obligación. Pero la sociedad actual —democrática, pluralista y multirreligiosa— no transmite más el conjunto de la fe, sino la libertad religiosa. Y esto desde la más temprana edad. Es decir, que la adhesión a la fe se ha convertido hoy en una cuestión eminentemente personal. No se nace cristiano; nos hacemos por la libre adhesión. Desde ahora, la catequesis, por principio, está llamada a aliarse con el don de la libertad. Es necesario contar con las capacidades de las personas y ponerse al servicio de la libre maduración de su deseo. Desde este punto de vista, la misión de la catequesis consiste en ofrecer un dispositivo que haga que la fe sea deseable y le abra el camino de la libre madu-

ración. Ciertamente, este dispositivo debe preparar las balizas, pero de manera suficientemente amplia para permitir a las personas, en la variedad de sus situaciones, crecer y caminar en su compromiso de fe en el seno de la comunidad cristiana. Desde esta óptica, no es oportuno fijar *a priori* tal sacramento o tal rito de paso en una edad determinada. Los sacramentos no tienen edad, lo que importa es que el catequizado, en su itinerario de fe, pase por etapas rituales no porque la edad llega, sino porque ha madurado el deseo. Se puede, bien entendido, recomendar periodos propicios en tal o cual de estas etapas, pero es inútil imponer momentos fijos; esto sería negar las singularidades e ir por delante de múltiples diferencias y excepciones que llegarían a ser rápidamente indigeribles. La pedagogía del catecumenado, desde este punto de vista, es instructiva; propone etapas claras con sus ritos de paso propios, pero deja una gran libertad en la manera de franquearlas; no prejuzga el comienzo, ni el final, ni la duración del recorrido.

ADOPTAR EL CATECUMENADO COMO MODELO INSPIRADOR DE TODA CATEQUESIS

En una sociedad que ya no es de cristiandad, el catecumenado que venimos evocando se puede considerar como el modelo inspirador de toda catequesis². El sínodo sobre la catequesis, de 1977, subrayaba que «el modelo de toda catequesis es el catecumenado, la formación propia para el adulto convertido a la fe y que le conduce a la profesión de fe bautismal en la vigilia pascual»³. La exhortación apostólica *Catechesi Tradendae*, de 1979, confirmaba esta perspectiva deseando que los ritos expresivos del catecumenado encuentren la «utilización adaptada»⁴ de modo más amplio en el campo catequético. El *Directorio General para la Catequesis*, de 1997,

² Ver *Le catéchuménat: modèle pour la catéchèse?* en «Lumen Vitae» 61, 2006, 253-267

³ «Message au peuple de Dieu» en *Réalités et avenir de la catéchèse dans le monde*. Principaux documents du synode des Évêques, Roma 1977, Paris, Centurion, 1978, 177. En español, el texto se encuentra en: «Mensaje del Sínodo de los obispos al pueblo de Dios», in «Actualidad Catequética», 17 (1977) n. 83-84, 47-64.

⁴ *Catechesi Tradendae*, 28

reafirma igualmente con fuerza el papel inspirador del catecumenado: «La catequesis postbautismal, sin ser copia de la configuración del catecumenado bautismal y reconociendo a los catequizandos su condición de bautizados, hará bien en inspirarse en esta «escuela preparatoria de la vida cristiana»⁵. Así, pues, en el contexto secularizado contemporáneo, si la catequesis no es el catecumenado en sentido estricto, puede inspirarse en él. Los obispos de Francia lo comprendieron bien al hacer la elección —con grandes consecuencias—, de la «pedagogía de iniciación»⁶ en catequesis. La situación actual, dicen, «invita a inspirarse en el catecumenado de adultos, que tiene la experiencia de conducir a los sacramentos con propuestas catequéticas específicas»⁷. A partir de aquí, la cuestión que nos planteamos es saber qué dispositivo catequético de inspiración catecumenal nos puede ayudar a realizar el acompañamiento en la maduración de la fe durante los treinta primeros años de la existencia.

ESTABLECER UNA PASTORAL CATEQUÉTICA DE TIPO INICIÁTICO

La perspectiva catecumenal, elevada al rango de modelo inspirador de toda catequesis, como venimos diciendo, es de tipo iniciático. Subraya la importancia de las experiencias, de la reflexión sobre sí mismo, de encuentros interpersonales, de lazos comunitarios, así como el recorrido deliberado de etapas rituales, para la construcción de la identidad del sujeto creyente. El itinerario iniciático, en todo caso, invita a pasar de una pedagogía puramente didáctica, centrada en el aprendizaje de saberes. El didactismo catequético es hoy, en efecto, claramente insuficiente para ofrecer las mejores con-

⁵ Directoire Général pour la Catéchèse, Paris/Bruxelles, Cerf/Centurion/Lumen Vitae, 1997, p. 91

⁶ CONFÉRENCE DES ÉVÊQUES DE FRANCE, *Texte national pour l'orientation de la catéchèse en France*, Paris, Bayard/Cerf/Fleurus-Mame, 2006, en particulier pp. 27 y ss. En castellano, CONFERENCIA DE LOS OBISPOS DE FRANCIA, *Texto nacional para la orientación de la catequesis en Francia y principios de organización*, CCS, Madrid 2008

⁷ *Ibid.*, 92. Ver también SERVICE NATIONAL DE LA CATÉCHÈSE ET DU CATÉCHUMENAT, *Des itinéraires de type catéchumenal vers les sacrements (bajo la dirección de Jean-Claude Reichert, Préface de Mgr Robert le Gall)*, Paris, Bayard, 2007.

diciones al despertar de la fe y a su maduración. Como lo nota muy acertadamente Henri Derroitte, «Pasar de la lógica expositiva a la lógica iniciática supone un cambio en el acompañante y en el animador pastoral. ¿Por qué hablar de cambio? Porque la lógica iniciática no lleva al catequista a describir su misión como quien enseña lo que quiere a su oyente, sino que le permite vivir algo significativo. Es ayudarle a vivir el seguimiento de Cristo»⁸. Este cambio no quita importancia a los contenidos. Los conocimientos siguen siendo esenciales. La catequesis, en este sentido, necesita más que nunca la explicitación de la fe que se perciba como apropiada, justa y pertinente para la vida. Pero esto no es suficiente; para dar crédito y cuerpo a los contenidos, son necesarias las experiencias vitales, los encuentros personales significativos, así como el tejido relacional que los facilite. La catequesis, desde este punto de vista, no puede reducirse a lecciones que se dan en un local preciso, en momentos precisos y para un grupo preciso. El acto catequético, en realidad, es más complejo y englobante, requiere un conjunto diversificado de actores, de factores, de lugares y de tiempos que, aislados, no son suficientes, pero que, en conjunto, contribuyen a asegurar las mejores condiciones para un itinerario de fe. Por eso, precisamente, hablamos de «pastoral catequética». La responsabilidad de esta pastoral incumbe a toda la comunidad cristiana. Su tarea es construir «un medio catequizante» para toda edad y para todos los periodos de la vida, particularmente en los treinta primeros años de la vida; lo que supone un tejido comunitario fraternal entre iguales y entre distintas generaciones. Como lo subraya Gilles Routhier, el concepto de «ciudad educativa»⁹ elaborado por la UNESCO para hablar de la formación permanente, podría inspirar de modo útil a la catequesis en su propio terreno. El reto es edificar un entorno comunitario que favorezca el despertar de la fe y su maduración así como el sentimiento de pertenencia a la comunidad

⁸ H. DERROITTE, «Initiation et renouveau catéchétique. Critères pour une refonte de la catéchèse paroissiale », en H. DERROITTE (Dir.), *Catéchèse et initiation*, coll. *Pédagogie catéchétique*, n° 18, Bruxelles, Lumen Vitae, 2005, 81.

⁹ G.ROUTHIER, *Sacrée catéchèse! Quand tu déranges familles et paroisses*, coll. *Pédagogie catéchétique*, n° 24, Bruxelles/Saint-Barthélemy d'Anjou, Lumen Vitae/CRER, 2007, 53 y ss. En castellano, G.ROUTHIER, *¡Dichosa catequesis! Tu incomodas a familias y parroquias*, CCS, Madrid 2008

cristiana. El desafío es hacer emerger comunidades catequizantes¹⁰ al mismo tiempo que catequizadas, recíprocamente, ya que, dotándose de un buen dispositivo catequético —particularmente con destino a las nuevas generaciones—, las comunidades permanecen en estado de alerta y de catequesis permanente.

OFRECER UN DISPOSITIVO DE MADURACIÓN DE Y EN LA FE

En varias ocasiones, en los párrafos anteriores, hemos hablado de la maduración de la fe. Maduración de la fe no quiere decir ni santidad ni algo ya acabado; designa más bien el estado de aquellos y aquellas que han adquirido una «inteligencia práctica» de la fe. Un doble criterio: por una parte, la inteligencia justa de la fe, coherente, equilibrada, incluso si puede ser simple y, por otra, la inteligencia práctica de la fe. Esto consiste en poder orientarse en la vida concreta a la luz de la fe de una manera que sea buena y plenificante¹¹. El acceso a esta madurez de la fe así definida puede conseguirse de dos maneras. La primera considera que la fe progresa con la edad, que nunca termina, que un camino es siempre algo que hay que recorrer. En este caso, la imagen es la de una escala graduada de madurez que se sube poco a poco al cabo de los años, incluso si el recorrido está marcado por crisis, caídas o vueltas atrás. Según esta óptica, la catequesis mantiene a las personas de todas las edades en su recorrido de maduración, siempre inacabado. En la segunda manera de ver las cosas, por el contrario, cada periodo de la existencia puede dar lugar a una madurez de la fe según la edad y las circunstancias. No se habla de una maduración progresiva de la fe, sino más bien de equilibrios sucesivos de la fe que se viven con coherencia y plenitud, en el plano intelectual, afectivo y relacional, en las diferentes edades de la vida. Desde este punto de vista, un niño puede mostrar una auténtica madurez de la fe. El itinerario catequético de maduración en

¹⁰ Ver sobre este tema mi artículo: «Vers des communautés catéchisées et catéchisantes. Une reconstruction de la catéchèse en temps de crise », en *La Nouvelle Revue Théologique*, 59, 2004, pp. 598-613.

¹¹ Sobre esta cuestión en particular P.A. GIGUÈRE, *Catéchèse et maturité de la foi*, Bruxelles/Montreal, Novalis/Lumen Vitae, 2002

la fe que vamos a presentar ahora se puede enfocar desde las dos formas de comprenderlo.

CINCO PERIODOS Y ETAPAS RITUALES

El itinerario catequético que proponemos para los treinta primeros años de la existencia se articula en cinco grandes periodos, cada uno marcado por una etapa ritual.

El periodo de la niñez

El nacimiento del niño puede ser, para los padres, un momento intenso de planteamiento y de maduración de la fe. La llegada de un niño, en efecto, puede reactivar en ellos interrogantes fundamentales sobre el sentido de la vida y sobre los valores que quieren asumir y transmitir. El bautismo de los niños pertenece a una larga tradición que puede recoger auténticamente los interrogantes y los deseos de los padres. Pero, sin rechazar esta tradición, queríamos proponer otro camino inspirándose en el itinerario catecumenal: el del rito de acogida del niño en la fe. Este rito de acogida puede ser simple; consistirá esencialmente en el signo de la cruz en la frente del niño, signo que hará el sacerdote, los padres, así como los padrinos y madrinas durante una asamblea dominical a la que está invitada toda la familia. Esta ceremonia de acogida no es el bautismo, pero le da comienzo realmente. Constituye el prólogo, abre el camino de la misma manera que el rito de entrada en el catecumenado integra realmente al catecúmeno en la comunidad cristiana¹² y lo inscribe en un proceso organizado de maduración de la fe con vistas al bautismo.

Para los padres, acompañados por la comunidad cristiana, el rito de la señal de la cruz en el niño significa que lo reconocen como hijo de Dios. Después de este signo, el nombre del niño será inscrito en un registro especial de can-

¹² Según la tradición, es el rito de entrada en el catecumenado quien confiere al catecúmeno su identidad cristiana. Los catecúmenos, así reconocidos como cristianos, pueden tener funerales cristianos. Será lo mismo, en caso de muerte, para los niños acogidos en la fe.

didatos al bautismo¹³. Los dos gestos de la señal¹⁴ de la cruz y la inscripción del nombre, deberán vivirse con una preparación adecuada, como un verdadero compromiso. Por estos dos gestos, en efecto, los padres se comprometen públicamente, en familia, con el padrino y la madrina, así como por el apoyo de la comunidad cristiana, a abrir al niño el tesoro de la fe y a ofrecerle las mejores condiciones¹⁵ que le permitan un día desear el bautismo y pedirlo.

Se dejará a los padres la elección —que se les invitará a madurar— entre el rito de acogida del niño y el bautismo. Esta cohabitación de los dos ritos¹⁶ no es perjudicial para que los padres reconozcan su legitimidad y puedan discernir lo que, en su fe, les parece preferible para ellos y para sus hijos. En toda hipótesis, en los dos casos, lo importante es que se sientan claramente comprometidos, con la comunidad cristiana, en su responsabilidad de despertar a sus hijos a la fe.

El periodo de la madurez desde la infancia hasta los 9-11 años

Es el tiempo anterior a la adolescencia, cuando el niño de 9-11 años llega a cierta «madurez de infancia». Su inteligencia, su saber-hacer, su capacidad de expresión, su personalidad, sus deseos, se configuran y se afirman.

¹³ Podría ser una sección especial del registro de los catecúmenos. Recordamos, en efecto, que el rito de entrada de una persona en el catecumenado comprende la inscripción de su nombre en el registro de los catecúmenos. Proponemos una inscripción similar en el rito de acogida del neonato

¹⁴ Esta signación de la cruz en la frente del niño podrá repetirse a título de recuerdo y de promesa cada vez que el niño participa en la asamblea eucarística antes de poder comulgar el cuerpo de Cristo.

¹⁵ Sobre la educación cristiana de los niños, ver É.CHAMPAGNE, *Reconnaitre la spiritualité des tous-petits*, coll. *Théologies pratiques*, Bruxelles/Montréal, Lumen Vitae/Novalis, 2006. Ver igualmente L. AERENS et al., *Dire Dieu à nos petits-enfants*, coll. *Pédagogie catéchétique*, n° 8, Bruxelles, Lumen Vitae, 1994

¹⁶ La cohabitación de los dos ritos permitirá, en sentido de la fe (*sensus fidelium*) de la comunidad cristiana, evolucionar con el tiempo, dentro de los cambios culturales presentes, y elegir tal práctica sobre la otra. Si los padres eligen el bautismo para el niño, podrá celebrarse de manera tal que sea vivido por toda la comunidad cristiana como la acogida del nuevo bautizado y el compromiso a hacerle descubrir la fe.

Este periodo puede ser el momento en que los niños, en su contexto, pueden desear el bautismo (si no lo han recibido de más pequeños) y la comunión eucarística de modo personal y, a la vez, en una dinámica de grupo. Se entiende que este deseo no nace por sí mismo, debe ayudarse a despertar. Será necesario, en este sentido, que la comunidad cristiana se organice para animar a las familias, que dé un lugar a los niños durante las asambleas dominicales, que convoque, que organice con ellos actividades específicas, de tal manera que, al final, dispongan del entorno comunitario y del desarrollo cognitivo que les permita aumentar su deseo de participar plenamente, como bautizados, en la Eucaristía. Se velará por organizar un dispositivo catequístico que invite a los niños entre 9 y 11 años a recibir el bautismo (si no lo han recibido de más pequeños) y a aproximarse a la mesa eucarística¹⁷. No se pospondrá la confirmación. Esta se dará cuando se haga la primera comunión. Así se volverá sistemáticamente al orden tradicional de los sacramentos de iniciación: bautismo, confirmación, eucaristía¹⁸. Sabemos que la confirmación, históricamente, es un rito bautismal que se separó del bautismo no para permitir al bautizado confirmar su compromiso, sino para permitir al obispo confirmar el bautismo conferido por el sacer-

¹⁷ Cf. *Ritual du baptême des enfants en âge de scolarité*, Paris, Éd. Chalet-Tardy

¹⁸ El itinerario propuesto va en contra de la tendencia de posponer la confirmación. La cuestión del lugar de la confirmación en el proceso iniciático es difícil y hasta el presente no está resuelta. El Directorio General para la Catequesis nombra los tres sacramentos de la iniciación en el orden tradicional (65, 91). Respalda espontáneamente la práctica de la primera comunión antes de la confirmación (232). Dice igualmente que la confirmación viene a poner fin al itinerario de la iniciación sacramental de los jóvenes (181) como un hecho, pero sin justificarlo en el fondo, y en un contexto que subraya precisamente la crisis del dispositivo catequístico. Entre los teólogos, Henri Burgeois, en particular, ha subrayado, con inteligencia, la novedad y la fuerza que puede aportar al mundo y a la Iglesia la confirmación en la edad madura. Se podrá leer, en este sentido, su artículo *La confirmation des adultes*, en «*Lumen Vitae*» 51, 1996, 303-312 así como su obra *Théologie catéchuménale*, Paris, Cerf, 2007, nueva edición, pp. 164-179. Hay otros argumentos igualmente muy serios en favor de la vuelta al orden tradicional de los sacramentos. Se podrá leer en este sentido el artículo convincente de P. DE CLERCK, *La confirmation: vers un consensus oecuménique*, en *Maison Dieu*, 211, 1997, pp. 81-98. Se podrá consultar también a J. Ph. REVEL, *Le traité des sacrements. II. La confirmation, plénitude du don baptismal de l'Esprit*, Paris, Cerf, 2006. Los análisis históricos y teológicos del autor son esclarecedores. Pastoralmente, el autor defiende más bien la confirmación en el umbral de la edad adulta, y, de alguna manera, en contra de las perspectivas teológicas e históricas que lleva su análisis (ver nuestro informe en «*Lumen Vitae*», 62, 2007, p. 115). Ver también *La confirmation. Nouvelles approches pastorales. Lumen Vitae*, 65/1, 2010.

dote y para dar significado, por el rito particular, a los dones del Espíritu unidos a la gracia del bautismo¹⁹. Al término del itinerario que conduce a los tres sacramentos de la iniciación, los niños recibirán de la comunidad cristiana, como recuerdo y símbolo de los sacramentos, en un rito particular, una Cruz pequeña que podrán llevar o guardar.

En general, los niños de 9 a 11 años que entraron en este camino serán acompañados por un entorno familiar y social favorable a la eclosión de la fe²⁰. Los otros, evidentemente, no podrían estar obligados. Sin olvidar, evidentemente, a los otros. Algunos podrán ser llevados por sus iguales, por compañeros y compañeras de su edad; otros se presentarán sin que se sepa lo que les lleva a unirse a la catequesis de 9-11 años. Será necesario caminar con ellos con atención y preocupación, bien entendida, de poner al corriente a sus familias respecto a su itinerario. Tratándose de estos niños venidos de medios alejados de las comunidades eclesiales, será mejor hacer el itinerario iniciático en la etapa siguiente, al comienzo de la adolescencia, durante el periodo de la tradicional profesión de fe.

El periodo de la primera adolescencia alrededor de los 12-14 años

La profesión de fe al inicio de la adolescencia está muy arraigada como costumbre. Esta costumbre es una suerte y es oportuno celebrar, en la fe, la

¹⁹ Esta solución de volver, sin excepción, al orden tradicional de los sacramentos de iniciación, permitiría solucionar la situación actual de muchos cristianos practicantes que no han recibido la confirmación. Para los cristianos que están en este caso, será necesario, continuar proponiendo la confirmación garantizando que las celebraciones sean significativas para las comunidades y para la gente.

²⁰ El deseo de comulgar aparece antes en los niños que pertenecen a familias que frecuentan regularmente la Eucaristía. Este deseo deberá comprenderse y acompañarse con seriedad. No se podrá descartar a priori la primera comunión precoz. Pero se vigilará para que el niño supere el simple mimetismo en relación al medio y para que se de antes de la primera de las comuniones un verdadero tiempo de maduración. Como en el catecumenado, inútil sería precipitar las cosas cortocircuitando las etapas —intelectuales, afectivas, espirituales— de la maduración de la fe del niño, tanto más que, en la hipótesis formulada aquí, la confirmación será al mismo tiempo que su primera eucaristía.

entrada en la adolescencia. Proponemos aquí situar esta celebración no obligatoriamente a los 12 años, sino entre los 12 y 14, de tal manera que puedan darse diversos caminos y que se pueda expresar de verdad el deseo personal.

En esta profesión de fe, se podrá contar con jóvenes adolescentes que ya han recibido los tres sacramentos de la iniciación. Habrá jóvenes que no hayan pasado por las etapas precedentes y que, al mismo tiempo que la profesión de fe, serán llamados a recibir, sea los tres sacramentos de la iniciación, o bien la confirmación y la eucaristía. Bien entendido, para los que pidan los tres sacramentos de la iniciación, se tendrá una catequesis específicamente catecumenal²¹. Para algunos, la profesión de fe irá unida a los sacramentos de la iniciación. Para otros, se inscribirá en la práctica sacramental ya bien «organizada».

En cualquier hipótesis, es importante que la profesión de fe de los jóvenes se inscriba en el interior de la comunidad que se compromete con ellos y en medio de ellos. Como bien lo ha subrayado Henri Derroitte, las comunidades intergeneracionales son las que ofrecen las mejores condiciones para el crecimiento en la fe de todos, ancianos, adultos y niños²². En esta perspectiva intergeneracional, el acento de la celebración no debería recaer solamente sobre la profesión de fe de los jóvenes que se comprometen, sino también sobre la comunidad que les llama y les confía solemnemente el cuidado de actualizar el Evangelio de manera creativa para nuestro tiempo. En el catecumenado, recordemos, hay una «llamada decisiva» del obispo dirigida a los catecúmenos. De manera análoga, en la profesión de fe de los jóvenes adolescentes, cuando la vida se abre ante de ellos, la comunidad cristiana podría llamarles a dar continuidad al Evangelio, a dar testimonio de manera creativa. Simbólicamente, esta llamada podría representarse en el rito de la entrega de los Evangelios²³ o en otro gesto significativo que pareciera oportuno.

²¹ Cf. Le rituel de l'initiation chrétienne des enfants en âge de scolarité. Ver también: O. SARDA, *Initier à la vie chrétienne à l'adolescence*, <http://aep.cef.fr/aide-animation/21-301.htm>.

²² H. DERROITTE, *La catéchèse décloisonnée. Jalons pour un Nouveau projet catéchétique*, coll. *Pédagogie catéchétique*, n° 13, Bruxelles, Lumen Vitae, 2000, p. 71.

²³ En el itinerario catecumenal, los Evangelios se entregan en el momento del rito de entrada en el catecumenado.

Con la misma atención a la catequesis preparatoria, trataremos de ofrecer a los jóvenes continuidad catequética en su profesión de fe. Además de la reflexión sobre la experiencia que han vivido, dicha catequesis post-sacramental tendrá como objetivo, durante un tiempo limitado²⁴ y según un programa bien trazado, hacer descubrir el medio eclesial en sus diferentes aspectos, sostener su fe por encuentros intergeneracionales y proponer un conjunto de actividades significativas en el plano local o más allá.

El periodo de la madurez de la adolescencia en torno a los 16/18 años

El periodo de 16 a 18 años es un periodo bisagra. Momento importante en que los jóvenes cobran suficiente autonomía psicológica respecto a su familia y se hacen preguntas de fondo sobre la elección de sus estudios, de su futuro profesional, de su inserción social. Es el momento en que el joven, ante las opciones que se le presentan, puede tener el deseo de hacer un alto para pensar sobre el sentido y los valores que desea vivir. Momento de recapitulación y, a la vez, de proyección hacia el futuro.

Este periodo puede ser el momento²⁵ en el que se propone a los jóvenes la catequesis del Credo, de las verdades esenciales del cristianismo, para liberar la fe de lo que pueda tener de infantilizante y, también, para entrar en un itinerario de comprensión de la fe que pueda encontrar su lugar dentro de la racionalidad contemporánea. En el catecumenado, recordémoslo, después de la catequesis de compartir el Evangelio, viene un momento en que el catecúmeno se adhiere a la comprensión del Credo que se le entrega en

²⁴ No sirve para nada, en efecto, alargar las cosas; sería la mejor manera de verlas perderse con el tiempo. Más vale proponer a los jóvenes, después de la profesión de fe, un programa de catequesis bien definido y claramente limitado. Al término de este programa, serán invitados a llevar su vida de fe y su relación con la comunidad cristiana, participando notablemente en actividades e iniciativas que ofrecen las redes y movimientos cristianos de la juventud.

²⁵ Si debe prevalecer la tendencia a posponer la confirmación, proponemos que sea particularmente recomendada en esta etapa de la madurez de la adolescencia (16/18 años) o en la etapa de entrada en la edad adulta (25/30 años)

un rito particular: la *traditio symboli*. Analógicamente podría inspirarse en esta práctica con jóvenes de 16/18 años. La exhortación apostólica *Catechesi Tradendae* de Juan Pablo II (1979) lo recomienda: «Durante siglos, un elemento importante de la catequesis era la *traditio symboli* (o transmisión del compendio de la fe), seguida de la tradición de la oración dominical. Este rito expresivo se ha introducido de nuevo en nuestros días en la iniciación de los catecúmenos. ¿No habría que encontrarle una utilización adaptada más amplia, para marcar esta etapa, la más importante entre todas, en que un nuevo discípulo de Jesucristo acepta con plena lucidez y valentía el contenido de lo que más adelante va a profundizar con seriedad? (CT 28). Será el momento de una catequesis que no debe ser larga, pero que permitirá al joven construir su comprensión coherente de la fe; comprensión que puede ser simple sin ser simplista, y que le dará el gusto de profundizar por diversos medios. Esta catequesis podrá terminar con una profesión de fe²⁶ en el seno de la comunidad cristiana, durante la vigilia pascual, o durante el tiempo de Pascua. Se podrá prever, para la ocasión, un rito significativamente renovado de la *traditio/reditio symboli*.

Añadamos que los jóvenes que no hayan participado en la catequesis de los periodos precedentes podrán reunirse con el grupo de 16/18 años y prepararse, de manera específica y adaptada a su edad, a los tres sacramentos de la iniciación según el itinerario previsto por «el ritual de iniciación cristiana de adultos»²⁷.

El periodo de entrada en la edad adulta alrededor de los 25/30 años

Como se ha indicado anteriormente, el periodo de los 25/30 años constituye un momento de salida de la juventud y de entrada en la vida adulta

²⁶ En esta óptica de pluralismo de profesiones de fe marcadas a lo largo de la vida, se puede concebir que grupos particulares, catequéticamente preparados en este sentido, se pueden unir de manera significativa a la profesión de fe solemne de toda la comunidad cristiana en Pascua.

²⁷ Rituel de l'initiation chrétienne des adultes, Paris, Desclée de Brouwer/Mame, 1996.

estable en el plano afectivo, profesional y residencial. En todo caso, si esta estabilidad no se ha adquirido, el joven, al menos, aspira a ella. Durante este periodo, pueden encontrar lugar, según los casos, las catequesis de preparación al matrimonio o también las catequesis destinadas a los jóvenes padres que desean bautizar a sus hijos o acogerlos en la fe. Unido a ello, o independientemente de sus catequesis, los jóvenes de 25/30 años pueden plantearse la cuestión sobre su pertenencia eclesial y sobre su compromiso en la sociedad, en su búsqueda de estabilidad relacional y de inserción socio-profesional. Es la ocasión para desarrollar con ellos la catequesis centrada en la vida cristiana dentro de la Iglesia y su misión en la sociedad. Se tratará también de descubrir, en lo concreto, la vida de la comunidad cristiana local en sus diversos aspectos. En el plano bíblico, como se recomienda hacer en la catequesis mistagógica (postsacramental) de los neófitos (los nuevos bautizados), será la ocasión de leer el libro de los Hechos de los Apóstoles. Este itinerario catequético con jóvenes de 25/30 años podría terminar con la profesión de fe solemne, con su preparación, destinada a marcar su pertenencia y su compromiso en el seno de la comunidad cristiana. Se sabe que en las comunidades cristianas parroquiales faltan —y es una falta cruel— adultos de 30 a 50 años, en un momento en el que ya son dueños de sus propios recursos. Instaurar de esta manera la profesión de fe en el seno de la comunidad cristiana, en el amanecer de la edad adulta, es dar posibilidades de dinamismo renovado a las comunidades parroquiales. En esta profesión de fe de los 25/30 años serían invitados particularmente las jóvenes parejas, los jóvenes casados, los padres jóvenes, los jóvenes recién comprometidos en el circuito del trabajo o recién instalados en la parroquia.

El recorrido en cinco etapas que hemos descrito, no lo seguirán completo muchos, probablemente, sino que acabarán su itinerario iniciático con su profesión de fe en el umbral de la adolescencia. No podemos considerar a todos estos como cristianos de segunda categoría, como si se hubieran detenido a mitad de camino: son y permanecerán cristianos en su totalidad, gozando, con pleno derecho, en el seno de la Iglesia, de la misma dignidad que todos los bautizados y de la atención pastoral que está en su derecho esperar. No debemos hablar de una Iglesia a dos velocidades; es decir, que

quienes sigan su recorrido iniciático hasta la entrada en la edad adulta no tendrán preferencia espiritual ni privilegio institucional respecto a los otros. Si son minoría, no lo serán desde una perspectiva elitista, sino en la óptica de la maduración personal de la fe y del compromiso en el seno de la comunidad cristiana por el bien de todos.

CONCLUSIÓN

El itinerario catequético que hemos propuesto, además de la maduración personal de la fe, se propone cuatro objetivos estructurales que nos parecen hoy esenciales. Primero, permitir al mayor número posible recibir, desde el comienzo de la adolescencia, los tres sacramentos de la iniciación en su orden tradicional. Segundo, multiplicar las ocasiones de hacer profesión de fe solemne en diferentes momentos de la existencia, inscribiéndolas en el marco de la confesión de fe común a toda la comunidad cristiana. Tercero, hacer posible el bautismo en toda edad y por tanto desarrollar sistemáticamente el catecumenado de jóvenes y de adultos. Cuarto, asegurar el dinamismo de las comunidades locales gracias al apoyo de los jóvenes en la plenitud y la fuerza de su vida.

